

ANIVERSARIO DE LUIS XVI.

El aniversario de la muerte del Rey mártir nos recuerda las importantes doctrinas que nos legaron aquellos tiempos. Los teóricos del régimen constitucional, del parlamentarismo y de la soberanía popular, pueden, en ese legado, meditar las consecuencias prácticas y fatales de sus falsos principios.

Luis XVI es una de las primeras víctimas del liberalismo político, la mas augusta de todas, cuya muerte, bajo todos conceptos, hizo pesar sobre la Francia la mas grave responsabilidad, porque sólo él simbolizaba todo un pueblo, toda una tradición, todo un porvenir. Lo que hay de mas deplorable en el crimen del 21 de Enero, es menos el fin trágico del monarca, que la decapitación de la Francia. En efecto; con nuestra monarquía, la muerte de un rey, no era mas que un incidente. Así lo creían nuestros mismos príncipes, que no repararon nunca en exponer su vida. El grito: «El rey ha muerto, viva el rey!» indicaba que el principio se transmitía con la herencia. Pero cuando con la caída de una testa coronada cayeron también las instituciones, entonces esta muerte sembró un duelo general, toma horrorosas proporciones, y la sangre inocente derramada sobre el suelo de la patria ingrata, clama al cielo.

La Francia fue realmente decapitada el 21 de Enero 1793; desde ese día, por demás funesto, esta nación parcieada, semejante a los judíos, después de la crucifixión del Hombre Dios, no ha gozado ni un instante de reposo. Aseasinado el padre, los hijos han desgarrado el seno de la patria, su madre, se han devorado entre sí, y, en su fanático delirio, han arrojado a sus pies á los demás pueblos, provocando terribles represalias y haciendo aborrecer su nombre antes respetado por el mundo entero. El primer homi-

cida huyó de la presencia del Señor, y empezó á andar errante por la tierra. Lo mismo ha hecho la Francia. Como un astro, que abandona su órbita, ó más bien, como los lujuriosos de Dante, arrebatados por los infatigables torbellinos de un viento perpetuo, la Francia comenzó á rodar en el abismo sin fondo de la vida política, que llamamos Revolución. Después de ochenta y cinco años de este afrentoso suplicio, no se ha curado todavía del mal que la corroe; ni deslusionado de un liberalismo, que no es sino una traición disimulada del deber; ella está dispuesta á volver á cometer su pecado, como el perro vuelve á comer lo que vomitó.»

No obstante, de haber sido la experiencia ruda, repetida con frecuencia y siempre acompañada poco mas ó menos, de las mismas catástrofes; nada se ha conseguido. Así Luis XVI, merece alguna indulgencia por haber intentado la prueba del liberalismo político; puesto que muchos después de tantos esfuerzos inútiles, no se han desengañado todavía.

Desconfiando, sin motivo alguno, de sus propias luces, Luis XVI sacrificó con obstinación sus simpatías personales, sus altas miras políticas, su rectitud de juicio, para adoptar los sistemas de todos los progresistas, que la opinión pública, impresionable y embotada, designaba á su elección. De esta suerte favoreció Luis XVI á la revolución, y ayudaba con sus propias manos á arrinconar la constitución tradicional, que bien pronto fue reemplazada por el centralismo cesariano de los convencionales; luego, hechas ya todas las concesiones, el rey se encontró frente á frente con la ruina de su trono y de su pueblo, en la jornada del 10 de Agosto. Soñó, un instante, en resistir, pero ya era tarde: el torrente desbordado, arras-

trálo todo en sus olas fangosas y sangrientas. Luis XVI lo comprendió, y, por dos veces, se resistió á defender las Tullerías. Hubiera más bien debido mandar hacer fuego sobre el populacho asesino, y perecer con las armas en la mano. Pero no quiso recurrir al doloroso extremo de hacer correr la sangre de aquellos, que él se obstinaba en llamar su pueblo, ¡Benignidad admirable, si no hubiere debido ser fatal al país! Los jueces, ó mejor, para emplear el lenguaje de de Seze, los acusadores actuaron como jueces, el 16 de Enero siguiente; y por falta de cargos contra el más benigno de los príncipes, sin tener en cuenta su longanidad, le condenaron á muerte, por haber, osaron decir, mandado tirar sobre el pueblo, el 10 de Agosto. Más tarde, el energético lugarteniente de Barras, el 5 vendimiario, ametralló á las masas amotinadas, y recibió en recompensa la corona de emperador. ¡Baro contraste de los juicios de los hombres!

Luis XVI lo habia sacrificado todo al populacho, al corrillo de abogados, de economistas, de filósofos, y al estado llano, sus prerrogativas, su fe pública de rey cristianísimo, la tradición nacional, todo absolutamente, si se exceptua la inagotable bondad de su corazón.

Los partidos le exigieron la deportación de los sacerdotes injuramentados: esto fué para él como un relámpago, que dispuso las tinieblas revolucionarias. ¡Inaugurar la era de las persecuciones! Imposible: antes consentir en ser la primera víctima! Su elección no fué dudosa: opuso su veto, y lo sostuvo, aun en el tumulto del motín del 20 de Junio. Débil, hasta entonces, se mostró energético y resuelto, porque se trataba menos de su salvación, que de la de una parte de sus súbditos.

El 10 de Agosto siguiente se mostró de nuevo débil, lo dijimos ya; pero, prisionero en el Temple, nos recuerda á San Luis en Damíata, redactando con calma y elevación de espíritu su testamento, monumento admirable, que contiene instrucciones políticas dignas del santo rey, que murió en la playa de Tunes.

Entonces, libre Luis XVI de toda influencia extranjera, y recogido en sí mismo, afirmó su union con la Iglesia romana; reprobó los actos heterodoxos, que el mismo habia firmado, y recomendó á su hijo no tratara nunca de vengar su muerte. ¡Fé y

perdon! hé ahí las dos palabras esenciales que resumen la última obra de rey.

Luis XVI, cautivo, confesó la fe de los reyes cristianísimos, al fin de un siglo, en que el excepcionismo y el materialismo se habian apoderado de las almas. La union de la Iglesia y del Estado es el resultado de la sumisión que éste presta al magisterio de aquella, cuando habla por boca del sucesor de Pedro, y de la plena y entera autoridad, cuyas prerrogativas esenciales no debe abandonar nunca el jefe del Estado. Ved ahí la condenación formal del liberalismo político. Ved ahí la fé, y la caridad de Luis XVI. El perdonó á todos sus enemigos, á cuantos le perjudicaron por un celo mal entendido, y recomendó á su hijo olvidara todos los odios. En fin, al pie del suplicio, exclamó: «Muero inocente, y pido á Dios que la sangre, que vais á derramar, no caiga sobre la Francia!»

Pero nosotros, ¿nos hemos hecho dignos de ese perdon? ¿emos recobrado la fé? Yo lo pregunto, principalmente á los Gobiernos que se sucedieron después, exceptuando la Convención y el Directorio, que profesaron el ateísmo político. Napoleón I, redactó y firmó un Concordato con Roma; después, lo alteró con las Leyes orgánicas; retuvo á Pio VII prisionero; y trató de fundar lo que se pretendía llamar Iglesia nacional, ofreciendo así al mundo un tipo de César, que M. de Bismarck se esfuerza hoy en reproducir exactamente, y hasta sobrepujar; mandó abrir las Iglesias, sí, pero poniéndose él por encima del sacerdote y del Papa. La restauración adoptó la mayor parte de las teorías de 1788, conservó el Centralismo de la Constituyente y del Imperio, y en particular, el monopolio universitario; tiranía intelectual, que la edad media no habia conocido: ella practicó un liberalismo, cuyas consecuencias no tuvo tiempo Luis XVIII de experimentar, pero que Carlos X no tardó en expiar en el desierto.

El gobierno de Julio, y el segundo imperio, exageraron esta tendencia revolucionaria, que condujo dos veces á la republica, es decir, á la anarquía política y social. Las faltas, pues, de Luis XVI, y su arrepentimiento, han sido para nosotros, hasta el presente, una lección inútil y vana. Por lo mismo, el último vástago de nuestros reyes Borbones no puede tratar de levantarnos, puesto que el mayor número exigen, de antemano, que

reniego de su fé de rey cristianismo, que paele con el error, y se ate las manos con el ronzal del sufragio universal y del constitucionalismo; en una palabra, que para de 1789, y rompa con la tradición. Los pueblos tienen los Gobiernos que merecen; este pensamiento de Montesquieu es mil veces cierto para nosotros. En tanto no volvamos á la fé de Luis XVI, de San Luis, de Carlomagno y de Clodoveo, no merecemos otros Gobiernos que los liberales, es decir, que oscilaremos continuamente entre el bien y el mal, entre una apariencia de orden y la anarquía.

Mas, apresurémonos á decirlo, las inteligencias empiezan á despreocuparse. La Revolución nos ha venido de lo alto, y desde allí, continua pesando sobre nosotros. Hubieran debido los poderosos reparar los escándalos de sus antecesores, y darnos el ejemplo de la reforma cristiana; pero no han querido hacerlo, ni lo quieren aún. Es, pues, necesario, que esta reforma cristiana empiece por abajo, que vaya aumentando y desenvolviéndose poco á poco; que gane las alturas, y convierta á los obstinados en el liberalismo. La mayor parte comprenden ya, cuan inútiles son los esfuerzos de los que pretenden edificar fuera del terreno de la tradición. Un desfalecimiento imponderable se apodera de todos los ánimos; es preciso acabar con la utopía liberal.

Esta luz y este desfalecimiento son señales evidentes de un trabajo interior, que nosotros indicamos con júbilo. La reforma ha de operarse por medio de la instrucción y de las asociaciones cristianas. Que se nos concedan, en fin, las universidades cristianas, y la reforma esperada, desde hace ochenta y cinco años, será un hecho consumado. Solo á condición de regenerarnos, y de volver al camino tradicional, con el perdón del rey martir, mereceremos el de Dios, supremo justiciero. Entonces, la Francia, decapitada el 21 de Enero 1793, se rehacará por completo. El horrible suplicio de Bertrand de Born, soñado por el Dante, acabará para ella, y la cabeza no estará ya por más tiempo separada del cuerpo de la patria.

J. MESSIRE.

(*L'Univers*, 21 de Enero 1875.)

EL CÁOS DE LA FRANCIA.

El corazón sangra al contemplar el triste espectáculo, que actualmente nos ofrece la Asamblea de Versalles; pero espectáculo que no me sorprende, ni me admira, puesto que el caos es el fruto natural del Parlamentarismo. La Asamblea de Versalles debiera y no quiere persuadirse, de una verdad—verdad, que hace tiempo estoy predicando, bien que inútilmente—á saber; que el Parlamentarismo es impotente para salvar la Francia, y que, por consiguiente, ningún diputado debiera pensar siquiera en salvarla. Lo que más debe preocupar á los católicos, que la Providencia ha elegido para representar la Francia, consiste, en llenar su deber; y este deber es reconducir la Francia á Dios, votando por el rey, que se presenta en nombre de Dios.

«Oh! con cuanta razón, un hombre de bien—orador tan ilustre, como intrépido católico—me escribe de Versalles las incisivas líneas que van á leerse: «No podéis formaros una idea, siquiera aproximada, del desorden que reina en las inteligencias, y sobre todo, en las inteligencias de los que están encargados de la dirección del país. Ya no hay partidos, ni casi grupos; solo hay individualidades, que cada día cambian de opinión. Hasta aquí he podido librarme de las emanaciones deletéreas del Parlamentarismo; pero comprendo perfectamente, que la mayor parte de mis pobres amigos hayan sucumbido; yo me he salvado, dado que mi juicio esté sano, porque he frecuentado, lo ménos posible, todas esas reuniones, en las cuales puede uno estar seguro, de perder toda su energía, toda su decisión.»

Este bosquejo rápido del Parlamentarismo, es á todas luces exacto. Así que, puede afirmarse, sin temor de ser desmentido, que ninguna nación regenerada por Jesucristo, será salvada por los parlamentos, á lo ménos, por los parlamentos, tales como la secta los ha formado en nuestros días. Salvas algunas muy contadas excepciones, al pisar el umbral del salón de sesiones, no hay representante del pueblo, que no esté dispuesto á olvidar lo que debe á Dios, para obedecer á la singular preocupación, de salvar á sus pais por

medio de una política meramente humana; de ahí procede ese gran lujo de habilidad, y esa sorprendente negligencia, en practicar lo que es indispensable para salvar su alma; y los hombres, que no se ocupan de la salvación de su alma, tengase por seguro, que no conseguirán nunca librar una nación cristiana del yugo de Satanás y de la secta.

Empero, por fortuna, nada se ha hecho todavía: todos esos compromisos *definitivos*, que la Asamblea de Versalles acaba de aceptar, para votar las leyes constitucionales, son la cosa más provisional que nunca parlamentó alguno haya contraído. Todo está por hacer todavía; y aun así, costará mucho trabajo para aquellos que,—desengañados de sus extravíos, á través del laberinto de la habilidad política—comprendan, al fin, que la única habilidad, que salva á las naciones, es la de no descuidar nada de lo que se necesita, para no esponerlas á los castigos del cielo; y que todo se descuida, desde que se prescinde del cumplimiento del deber individual para con el Dueño absoluto de los hombres, de las cosas, de los pueblos y de los acontecimientos.

Prescindiendo de entrar en detalles acerca de las últimas votaciones—que considera como muy poco concluyentes—un diplomático de la antigua escuela, me envía de París, el siguiente anticipado juicio, sobre la situación, el cual me parece digno de llamar la atención del lector.

J. E. DE CAMILLE.

Paris, 4 de Febrero de 1875.

M. el Director del *Journal de Florence*.

Leemos en el segundo Libro de los Reyes, que Absalon, impaciente por mandar y subir al trono, se retiró á Hebron, y con sus apretones de manos, con sus promesas y halagos, atrajo á su alrededor á los hijos de Israel. Cuando la noticia de sus tramas y de sus complots parricidas, llegó á oídos del rey David, exclamó éste con estupor: «Partamos! huayamos! ¡Ah! no escaparemos de las persecuciones de Absalon!» He aquí la imagen de la Francia, donde los sectarios, de una parte, y los hábiles, de otra, reproducen las astucias ó la audacia de Absalon, mientras que las personas honradas participipan del espanto de David. ¡Dignese la providencia coronar esta lucha, con el resultado feliz que tuvo la primera para David!

Entretanto, y bien considerado el estado actual de cosas, la polémica de ciertos diarios católicos y monárquicos, me parece deplorable. Lo que asegura el triunfo de los enemigos de la Iglesia y de la monarquía, son las divisiones de los católicos, que, enfrente del enemigo, pierden el tiempo en discusiones, y sacan á luz los matices en que están divididos, en vez de agruparse al rededor de los principios que los unen. Haciendo vos comprendido el peligro de semejante conducta, habeis entrado resueltamente en el camino de la concordia, el único que ha de conducirnos á la victoria.

Lo que, si, está fuera de toda duda, es; que la suerte de la patria, humanamente hablando, y contemplando las cosas bajo el punto de vista parlamentario, depende del acuerdo del centro derecho de la derecha moderada, y aun de los católicos convertidos, aunque demasiado independientes, que pertenecen á las opiniones más avanzadas. Si solamente algunos miembros de esas distintas fracciones de la Asamblea, consagrasen los talentos y el crédito, con que la divina Providencia les ha favorecido, al restablecimiento de la monarquía, su intervención pesaría considerablemente en la balanza; y, en este sentido, puede decirse con verdad, que la suerte de nuestro país se halla en sus manos.

LLamando al Rey, en los términos y de la manera con que quiso hacerlo poco há, era imposible toda la acción saludable de parte del monarca. Mientras tanto que se le proclamaba el salvador indispensable de la Francia, se quería tratarle como á un enemigo, contra el cual se toman todo género de precauciones; se le regateaban, se le minoraban sus facultades; en una palabra, se le convertía en un maniquí constitucional. Enrique V no lo aceptó; y obró perfectamente, pues no debía consentir en ser el juguete de las sectas, que agitan la opinión pública detras de la cortina, ni descender al papel envilecido de *Rey legítimo de la revolución*.

Lo que procede, lo que está en el orden, y conforme á la sana razón, es; que se llame al Rey pura y simplemente; que se le mire como el padre de la patria; que de su parte no se tema nada; que se corresponda á su amor con amor por todos sus súbditos; que se le agradezca la inviolable firmeza que ha demostrado, firmeza con la cual ha conservado intacto, por espacio de cuarenta y

cinco años de destierro, el principio salvador, que él representa. Al sentarse en el trono de sus padres, reinará en breve un perfecto acuerdo, entre el Príncipe, aleccionado en la escuela de la adversidad, y penetrado de las verdaderas necesidades de su tiempo, y la nación, desilusionada de las prevenciones sembradas en los ánimos por las sectas, y que debieran ya haberse desvanecido, desde que conocemos las confidencias de M. Bismark á sus agenes diplomáticas.

Si de acuerdo con la extrema derecha, las demás fracciones monárquicas entrasen en este camino providencial, los acontecimientos no tardarían en justificar la oportunidad de vuestro llamamiento, como las convidaseis á reunirse en la misma caridad á cuantos profesan la misma fé, y abrigan la misma esperanza.

La Francia es la primogénita de la Iglesia romana, y su gloria depende de que sea fiel á su vocación. En medio de las pruebas presentes, el dedo de Dios nos indica claramente, que la salvación debe venirnos de la fé. Así es, que en el Príncipe destinado á devolver á la Francia su prosperidad, todo está marcado con la señal de la cruz. Su nacimiento, cuando las sectas acababan de inmolarse á su padre, creyendo extinguir con él la rama primogénita de la casa de Borbon, fué considerado como un milagro de la bondad de Dios para con la Francia. Durante su juventud, ha sido fiel á las promesas que hizo á Dios en la infancia; y no ha profanado su vida, ni su corazón, ni ha soñado con otra felicidad, acá abajo, que la de llenar dignamente el cargo de primogénito de la Iglesia, y de Rey Cristianísimo.

Del mismo modo, si el honor de las armas francesas ha sobrevivido á los inauditos desastres de la última guerra, débese, en gran parte, á la abnegación de los soldados del Papa, á los Zuavos Pontificios, transformados en voluntarios del Oeste. El imperio estuvo á punto de negarles sus derechos de ciudadanos franceses; y cuando el Imperio agonizaba en Sedan, demostrando de qué manera acaban los Estados enervados por los placeres, debilitados por las delicias, incapaces de abrigar un verdadero patriotismo, cuya base es la fé, y el amor del deber; los Zuavos Pontificios, los nuevos Cruzados, los soldados de la Religión, de la abnegación y del honor, tomaban venganza de las heridas inferidas á nuestra gloria, po-

niendo al servicio de la Francia, degradada y humillada por gobernantes sectarios, y espada, que ántes habían consagrado á la defensa de la Santa Sede apostólica, y que, después de la sacrilega invasión de Roma, defendió la patria terrestre, con la misma abnegación con que había combatido por la patria de la fé.

D. M.

(*Journal de Florence*, 7 de Febrero 1875.)

LA CRISIS EN FRANCIA.

En el artículo, que precede, se lee una profecía (véase el párrafo que empieza así: «Pero nada se ha hecho, felizmente: todos los compromisos definitivos, que la Asamblea de Versalles acaba de contraer, etc.») Pues bien! los últimos partes telegráficos, recibidos de Versalles, justifican plenamente mis profecías. No se atribuya á vanidad este recuerdo; únicamente lo hago para dar algún valor á otra profecía, que el actual estado de la Francia me arranca, y de la cual quisiera se aprovechase esa grande y generosa nación.

Que todos los cristianos, que ocupan un asiento en la Asamblea de Versalles, cesen de sonrojarse de Jesucristo, y Jesucristo se apresurará á auxiliarlos. Pues bien, es sonrojarse de Jesucristo, rehusar el voto al Rey, que se presenta en nombre de Dios. Cuando la parte cristiana de la Asamblea haya comprendido su deber; y lo cumpla, Enrique V irá á Francia, y todos los hombres honrados, que todavía no han olvidado la misión providencial de la primogénita de la Iglesia, se agruparán á su alrededor.

Sin duda, con esto, no se habrá ganado la batalla; pero, al menos, se habrá empeñado: los buenos formarán un campo con la bandera del derecho, y detrás de esta bandera estará Jesucristo—Jesucristo, que pudiera todavía exigir de la Francia grandes explicaciones, pero que no puede ser vencido por las potencias infernales. La lucha, tal vez, sea larga, pero la victoria es cierta.

Si las habilidades y los expedientes de la

política puramente humana, acaban por prevalecer entre los cristianos de la Asamblea; si ellos prosiguen dando el espectáculo de huir delante del enemigo; de seguro, no obtendrán ningún bien, ni evitarán ningún mal. El partido anti-cristiano, que no deteniéndose delante de ninguna concesión, las acepta todas, proseguirá su carrera victoriosa, y someterá la Francia á su yugo.

En la hora presente, nadie se salva huyendo. Los que renuncian á la palma del martirio cristiano, caerán cobardemente bajo el puñal del sectario, renovando el triste espectáculo del 93: hecatombes en la calle, y el desierto en los altares. Entre tantas víctimas de la guillotina, la Iglesia con dificultad encuentra algunos hombres, que sacrifican noblemente su vida por Jesucristo.

Del caos actual, puede salir, ó la vida, ó la muerte. Hasta ahora, los elementos de vida dispersos por la Francia—no se han organizado por falta de un jefe. A la Asamblea toca dársele. Si falta á su deber, ó, por decirlo mejor, si permanece sorda á este último llamamiento, que la clemencia de Dios dirige todavía á la Francia, tendrá que someterse á sus justicias—y las justicias de Dios son terribles.

J. E. DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 14 de Febrero 1875.)

CONQUISTA Á QUE HEMOS SIDO LLAMADOS.

Los estragos de la secta son cada día más horrorosos. Sus pseudo-principios, sus doctrinas perniciosas, sus teorías fatales, revestidas de frases huecas, pero pomposas, penetrando, poco á poco, en todas las clases, amenazan destruir todo el edificio cristiano. La primera, la más urgente necesidad de nuestros tiempos, es oponernos á las invasiones de la secta, y trabajar en devolver el respeto, que le es debido, á la ley de Cristo; en propagar las enseñanzas de la Iglesia, en despertar el sentimiento cristiano, por donde quiera la secta procure adormecerlo ó ahogar. La grande conquista, á la cual Dios llama á todos los hijos de la Iglesia, es de-

volver á la Iglesia las almas que la secta le arranca. Sin esta conquista preliminar, todas las victorias, obtenidas en los campos de batalla, serán estériles: aun más;... el restablecimiento mismo del poder temporal de los Papas, no produciría todos sus frutos, si la cristianidad no fuera ántes reconquistada de la secta, y conducida otra vez—humillada y arrependida—á los pies de su Criador, justamente irritado.

Visible es la transformación, que en la tierra se prepara. La secta misma, y Satanás que la inspira, no son sino juguetes en manos del Eterno, que les hace servir á sus designios; todos los instrumentos de su justicia: en su misma avidez de destrucción, cooperan á las obras de su misericordia; todas las columnas del edificio social, que derriban con gran estrépito, servirán para formar una nueva y mas elevada columna, en la cual se sentará la Iglesia en el día de su triunfo. Entonces todo el mundo podrá fácilmente verla, para dicha y felicidad del género humano.

El Espíritu Santo, empero, que es luz y amor, rehusa inexorablemente la luz á los hombres, que no tienen el corazón abierto al amor, de Dios y del prójimo. De ahí proviene la lentitud en la obra de la renovación de la paz de la tierra, en la cual trabaja la tercera Persona de la Sma. Trinidad; de ahí, también, las dificultades inmensas, que estorban en su camino á Enrique V, y á todos los que con él cooperan á la restauración de la sociedad cristiana; de ahí, la horrible situación en que ahora se encuentra la Divina Esposa de Jesucristo.

El soplo emponzoñado de la secta ha secado los corazones; y aquellos mismos, que han sido regenerados por el bautismo, olvidan, con demasiada frecuencia, que la caridad es el primer precepto que nuestro Redentor nos impuso. No viendo en frente de ellos sino enemigos, que aplastar, y no hermanos, que ilustrar, dicen, que van contra el vicio, cuando, en realidad, atacan á su prójimo; se declaran defensores de los principios, pero se olvidan de que el precepto: «amamos los unos á los otros», merece algún respeto.

Ateniéndose á este precepto de la ley natural—confirmado y completado por Jesucristo—es como Pedro, Pablo, Juan y los demás apóstoles conquistaron el mundo, sin abandonar ningún principio; al contrario,

haciéndoles triunfar todos de los seudo-principios del mundo pagano. Trabajemos también nosotros en la misma obra, á ello nos convida el Espíritu Santo, mientras la sociedad se halle invadida, no por la idolatría, sino por la demonología, disfrazada con el nombre de mundo moderno. Y para trabajar con buenos resultados, no hay otro medio, que seguir resueltamente las huellas que Pedro, Pablo, Juan y los demás apóstoles nos dejaron trazadas.

Cualquier que siga otras sendas, no alcanzará lo que se propone. Podrá muy bien gritar: *Viva Enrique V*; pero, estos gritos no impedirán que sea contado, y con razon, en el número de los enemigos de la legitimidad; porque no se coopera á su triunfo, cuando se ponen obstáculos á la renovación de la tierra por el Espíritu Santo. Y no cabe duda, que se opone á esta renovación, el que no se consagra á unir á todos los hombres por medio de la caridad, bajo la ley de Jesucristo, y la égida de la Iglesia.

JUAN ESTÉBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 20 de Enero 1875.)

JULIO FAVRE,

EN LA

ASAMBLEA DE VERSALLES.

Paris, 23 de Enero 1875.

Dicese, que M. Julio Favre pierde ante los tribunales todas las causas que defiende. No es más feliz por cierto, en las causas políticas que defiende en la tribuna. Todos los diputados, al regresar ayer de Versalles, decían, que el discurso de M. Favre había matado á la república.

En estos últimos dias, M. Thiers, y los jefes de la izquierda, creían asegurada la República por un voto de mayoría, merced á las maniobras del duque de Audiffret Pasquier, que se vanagloriaba, de haber reclutado cierto número de miembros del centro derecho á favor de la República, á lo ménos, por seis años.

Esta república, empero, vista la fisonomía repulsiva con que ayer la presentó M. Julio Favre, y despues de haber oído sus declaraciones violentas y lugares comunes, contra la monarquía, ha infundido tal miedo, que en todos los bancos de la derecha, del centro derecho, y aún del centro izquierdo, ha estallado un momento de indignación. MM. Baragnon y Boche han sido los intérpretes elocuentes de la repulsion de todos los grupos conservadores, contra M. Julio Favre, quien, al día siguiente del aniversario del 21 de Enero, reproducía el elogio del regicidio.

Preciso es, que M. Julio Favre, despues de los escándalos públicos de su vida privada, despues de haber desempeñado en el Gobierno del 4 de Setiembre, y en las negociaciones con M. de Bismark un papel, tan fatal á los intereses de la Francia, preciso es, repito, que carezca de todo sentimiento moral, puesto que no comprende, que el único recurso que le queda, es hacerse olvidar, por medio del retraimiento y del silencio.

Todos los miembros de la izquierda y del centro izquierdo, parecían contrariados por la impresion que produjo el discurso de M. Julio Favre.

M. Luciano Brun ha completado la obra de M. Cayaron-Latonr, exponiendo con gran elevacion de ideas, con invencible lógica, la inutilidad y el peligro de las leyes constitucionales. Este discurso añade á la reputacion de autoridad de M. Luciano Brun, la de orador político.

La sociedad de los *Tracts* se propone, segun se asegura, publicar una edicion popular de los discursos de MM. Carayon Latour y Luciano Brun.

Mientras tanto, esas leyes constitucionales propuestas, qué resultado tendrán, á pesar de la gran mayoría que ha consentido en la segunda lectura? En la falsa situacion creada, no deja de ser magnifico, ver á una Asamblea discutir la creacion de un Senado, ántes de saber, si será adoptado el principio de las leyes constitucionales que lo establecen; y la cámara, fijando, para el lunes inmediato, la discusion sobre el Senado, parece querer apresurarse á acabar con este proyecto; y siendo, como es, la base principal, y aun puede añadirse, el objetivo de las leyes constitucionales, si llega á ser desechado, caerán con el las leyes constitucionales.

Todas las izquierdas, cierto número de miembros de la derecha, y toda la extrema derecha, se oponen á la creacion de un Senado. Así que, es poco probable, que pueda obtener mayoría; y en tal caso, no habrá ya que pensar siquiera en la segunda lectura de las leyes constitucionales. En suma, la jornada del lunes puede sea de mucha importancia.

En la respuesta que el duque de Broglie dió ayer al discurso de M. Luciano Brun, ha llamado mucho la atencion la palabra *transaccion*, palabra, que puede suponer disposiciones para un arreglo, capaz de obtener la adhesion de distintos grupos de la derecha y del centro derecho.